



## Nietzsche: el Anticristo y el Amor a la Vida

**Santiago Lario Ladrón**

9684sll@comb.es

**Resumen:** Desde su época juvenil hasta el final, Nietzsche anhela superar la condición humana. Al inicio pone su esperanza en el arte pero, a partir de *Humano, demasiado humano*, se desvincula de esa tesis y pone todo el énfasis en *lograr una elevación de la vida* a través de una *nueva moral*: el superhombre sería así el fruto, un tanto brumoso y evanescente, de ese futuro ascenso, Zaratustra su profeta, y el Anticristo, como acérrimo defensor de la moral contraria a la de Cristo, su más firme valedor.

El Anticristo es el único manuscrito inédito de Nietzsche ya que, cuando se sumió en la locura, lo tenía listo para mandarlo a la imprenta. Por su contenido antirreligioso y su estilo furibundo y en apariencia fácil, ha sido uno de sus libros más leído; y sin embargo, su autor lo juzgaba tan ininteligible como *Zaratustra* (y todos sabemos que Nietzsche juzgaba muy ardua su interpretación, lo que indicaría que tal vez la aparente sencillez de éste resulte engañosa), hasta el punto de que reservaba su comprensión a aquellos que la hayan conseguido con el primero: “Este libro pertenece a los menos. Tal vez no viva todavía ninguno de ellos. Serán, sin duda, los que comprendan mi *Zaratustra*.” (*El Anticristo*, prólogo). Con lo cual parece aludir, no sólo a las que puedan ser sus dificultades hermenéuticas, sino a *un posible parentesco de contenidos*. Y ya estamos todos los lectores buscando ese posible nexo de unión.

Nietzsche empieza proclamando su alborozo por haber hallado el sentido de la vida: “Nosotros hemos descubierto la felicidad, nosotros sabemos el camino, nosotros encontramos la salida de milenios enteros de laberinto- ¿Qué *otro* la ha encontrado?” Pero no sin confesar su sufrimiento -“Nosotros fuimos lo bastante valientes, no tuvimos indulgencia ni con nosotros ni con los demás; pero durante largo tiempo no supimos a dónde ir con nuestra valentía. Nos volvimos sombríos, se nos llamó fatalistas. [...] Había en nuestro aire una tempestad, la naturaleza que nosotros somos se entenebrece- *pues no teníamos ningún camino*”- antes de que ocurriese el milagro: “Fórmula de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una *meta* .” (*El Anticristo*, fragmento 1). ¿*Cuál puede ser esa meta*?

*Es la pregunta a la que aún nos enfrentamos al cabo de cien años*. Para empezar hay que recordar que para Nietzsche cada fin requiere una determinada moral: “Sólo si la humanidad tuviese un fin reconocido, generalmente podría proponerse “así y así debe actuarse”; por el momento no existe tal fin [...] *Recomendar* a la humanidad un fin es bien distinto: entonces el fin se piensa como algo que *queda a nuestro libre albedrío*. Suponiendo que fuera tan del agrado de la humanidad como se ha propuesto, a continuación podría darse también una ley moral, igualmente desde su libre albedrío.” (*Aurora*, fragmento 108). Y puesto que por esas fechas (aunque no

se atreva a proclamarlo abiertamente), él ya parece que ha encontrado el suyo ("Se tiene precisamente su camino para sí- y, justo es, su amargura, su disgusto ocasional en ese "para sí", que incluyen, por ejemplo, saber que ni siquiera los amigos podrán adivinar dónde se está, adónde se va, que algunas veces se preguntarán "¿cómo?, ¿pero es que va a alguna parte?", ¿acaso tiene aún un camino?" (*Aurora*, prólogo, 2), eso le obligará a decantarse por una ética concreta, lo que podremos aprovechar desde el punto de vista hermenéutico para adivinar la naturaleza del fin que lleva en mente.

Y eso es lo que nunca deberíamos olvidar, porque, aunque al comienzo se mueva sigilosamente, Nietzsche no da un solo paso que lo aleje de él. Eso podría explicar su súbito y desmesurado interés por los temas morales a partir de *Humano, demasiado humano*, aunque, puesto que lo que menos desea es asustarnos, al comienzo adopte la forma de una aparente libertad normativa. De ahí su meliflua voz, llena de rebuscados "quizás", "por completo", "más bien" y "tal vez", cuando nos plantea sus "tímidas" propuestas: "Quizá una visión del porvenir sobre las necesidades de la humanidad no ponga *por completo* de manifiesto que sea de desear que todos los hombres realicen actos semejantes; quizá debería, *más bien*, en interés de fines ecuménicos para toda la humanidad, proponer deberes especiales, *tal vez*, en ciertas circunstancias malos" (*Humano, demasiado humano*, aforismo 25).

Por eso, al inicio, se limita a proclamar la relatividad de todas las morales, aunque esa voz "amoral", no siempre pueda, o quiera, ocultar hacia donde van sus simpatías y en algún aforismo, se olvida de su neutralidad: así arremete contra la compasión (Ibid, 48 y 50), y la benevolencia (Ibid, 49); ofrece una visión neutral, o incluso ligeramente favorable, de la mentira (Ibid, 54 y 99); o justifica el egoísmo: "el egoísmo no es malo, porque la idea del "prójimo" - la palabra es de origen cristiano y no corresponde a la realidad- es en nosotros muy débil; y nos sentimos libres e irresponsables para con él casi como para la planta y la piedra." (Ibid, 101).

Hay autores para los que Nietzsche no defiende una moral determinada (solo lucharía por conseguir una libertad normativa). Es verdad que podemos hallar citas que parecerían justificar ese punto de vista, pero lo que, por mucho que busquemos no encontraremos, es *una sola frase que defienda la moral cristiana o humanista de la solidaridad y la compasión*. Claro que siempre podremos argumentar que Nietzsche, podía tener una ética favorita y en cambio estar a favor de una libertad moral, pero si fuese así lo disimula bastante bien, porque *todos sus libros*, desde *Humano demasiado humano* en adelante, *rezuman improperios para una y alabanzas para la otra* (aunque al comienzo no lo diga claramente, para Nietzsche sólo hay dos morales).

Desde este punto de vista ¿qué peculiaridades ofrece *El Anticristo*? Para empezar abundan los párrafos en los que la antigua capacidad de la vida para valorar la bondad o maldad de cualquier doctrina ["Tenías ante todo que ver con tus propios ojos dónde hay siempre más injusticia, a saber: allí donde la vida tiene su desarrollo más mezquino, más estrecho, más pobre, más rudimentario y donde, sin embargo, no puede hacer más que tomarse a sí misma por fin y medida de las cosas." (*Humano, demasiado humano*, prólogo, fragmento 6); "La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra el mismo; acaso sea en esto en lo que más extraño suene nuestro nuevo lenguaje. La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida, conserva la especie, quizá incluso selecciona la especie" (*Más allá del bien y del mal*, fragmento 4)], pasa ahora a ser sustituida por la "voluntad de poder": "¿Qué es bueno?- Todo lo que eleva el sentimiento de poder, *la voluntad de poder*, el poder mismo en el hombre. ¿Qué es malo- Todo lo que procede de la debilidad. ¿Qué es felicidad? - El sentimiento de que *el poder crece*, de que una resistencia queda superada" (*El Anticristo*, fragmento 2). ¿Qué significa este cambio?

Para Heidegger, sería algo esencial. Siempre ha defendido que cuando Nietzsche habla de vida en realidad se refiere a “voluntad de poder”, y estas frases confirmarían su teoría. Nietzsche se ha cansado de subterfugios y al fin habla con claridad: ¡Y ese sería el nexo misterioso que relacionaría esta obra con *Zaratustra*!

Para empezar debemos recordar que Nietzsche abraza su “moral”, antes de que tenga el menor atisbo de esa doctrina, *porque favorece la vida* (y por lo tanto si no había dado con la voluntad de poder, esas frases no pueden referirse a ella). Cuando por aquellas fechas habla de que la moral cristiana, blanda y compasiva, acarrea la degeneración de la vida, mientras que por el contrario “la suya”, dura y cruel, conduce a su fortalecimiento, lo hace desde el punto de vista más rabiosamente biológico.

Claro que siempre se podrá mantener que, a partir de cierto momento, aquella finalidad “pro vida” es sustituida por otra en “pro de la voluntad de poder”. Pero Nietzsche no se cansa de decirnos, que lo que le interesa de cualquier doctrina, no son sus fundamentos teóricos, sino sus efectos prácticos: “todas estas cosas son únicamente condiciones previas de su tarea: esta misma quiere algo distinto, - exige que él cree valores [...] los auténticos filósofos son hombres que dan órdenes y legislan: dicen “¡así debe ser!””, son ellos los que determinan el “*hacia dónde*” y el “*para qué*” del ser humano [...] Su “conocer” es crear, su crear es legislar, su voluntad de verdad es- *voluntad de poder.*” (*Más allá del bien y del mal*, aforismo 211). Y “*las morales*” (y los “*hacia dónde*”) de esas dos están tan imbricadas, que cuesta separarlas: “nadie tuvo el valor de considerar la virtud como una consecuencia de la inmoralidad (de una voluntad de poderío) al servicio de la especie (o de la raza, de la “polis”), pues la voluntad de poderío era considerada una inmoralidad” (*La voluntad de poderío*, aforismo 422). Hasta el punto de que es posible que Nietzsche haya concebido la doctrina de la voluntad de poder para apoyar metafísicamente su transvaloración de valores (es decir, su moral): (ésta) reclama un proyecto filosóficamente fundado de orientaciones del obrar futuro, no proyecciones arbitrarias para una praxis ciega. Nietzsche ha ensayado darnos esta fundamentación filosófica de la transmutación de todos los valores con una teoría de la voluntad de poder y con la hipótesis del eterno retorno de lo mismo.” (Habermas, *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche, Madrid, Tecnos, 1982, p 33)].

Porque es el caso que dejando de lado las implicaciones que la teoría de la voluntad de poder pueda tener para “la esencia del ser” o “la teoría del conocimiento”, las consecuencias biológicas de ambas doctrinas serían idénticas, y un simple cambio de fundamentación no las haría desaparecer (es decir, que los defensores a ultranza de la voluntad de poder, que siguiesen a rajatabla sus dictados, se encontrarían con la sorpresa de que, al cabo de unos miles de años, habrían ayudado a traer al mundo un superhombre biológico).

Por eso, mientras no se demuestre lo contrario, la meta (o cuando menos una de ellas) por la que Nietzsche sigue luchando es la misma que en *Zaratustra* (de ahí aquella frase del prólogo: “Este libro pertenece a los menos. Tal vez no viva todavía ninguno de ellos. Serán, sin duda, los que comprendan mi *Zaratustra*”). Una meta para cuya consecución sólo haría falta el triunfo de “su” moral (ya hemos visto que defiende que *cada moral es un medio hacia un fin distinto*). De ahí que esa exaltación que (mientras escribía *Zaratustra*) le hacía reír y llorar, no está propiciada porque un hombre (o toda la humanidad) rompa con una determinada moral, o cumpla unas especiales condiciones metafísicas. Eso sólo es *el medio necesario y suficiente para que, una vez alcanzado, el resto del camino hasta la verdadera meta se haga por sí sólo*. Una condición que sólo tiene sentido desde el punto de vista biológico porque, *al admitir sus “normas”* - da igual que lo hagamos por seguir su moral, o los dictados de esa concepción metafísica- *recuperaríamos aquel ecosistema compatible con la*

selección y la evolución que traería consigo una “revitalización” y una posible “superación” de la especie.

Por eso, pese a que ahora lo revista con la vitola de la voluntad de poder, el comportamiento al que nos empuja (si es que hay alguno que se sienta obligado a actuar por ese imperativo metafísico), es *el mismo* al que nos ha estado incitando durante años, y además sazonado con idénticos argumentos. Y así, no es extraño que sigamos encontrando párrafos similares a los de siempre: “Los débiles y malogrados deben perecer: artículo primero de *nuestro* amor a los hombres. Y además se debe ayudarlos a perecer. ¿Qué es más dañoso que cualquier vicio? - La compasión activa con todos los malogrados y débiles - el cristianismo.” (*El anticristo*, fragmento 2).

Aquí, y pese al empeño de muchos por conseguirlo, no caben subterfugios: no se trata de un canto a la entereza o al valor de saber soportar nuestro sufrimiento o el del prójimo, sino de *eliminar a los tarados*. Y habría que preguntarnos: ¿cuando aconseja proceder así, sólo está tratando de mantenerse dentro de las normas de la “voluntad de poder”? ¿Ha convertido esa teoría en una deidad más tiránica y terrible que cualquiera de las que ha luchado por destruir? No parece ser el caso. Otra vez proclama que actúa así por *amor a los hombres*. Y no puede estar más claro que, cuando habla de hombres, está hablando de “humanidad” como un todo, es decir como especie: lo único que queda dañado con la presencia de esos infortunados, y fortalecido con su desaparición. Y no olvidemos su inveterada costumbre de comenzar cada libro con las ideas que juzga más importantes.

Pero ya no sueña con “crear” otra especie; ahora sólo aspira a formar un grupo que compendie las mejores esencias: “No que reemplazará a la humanidad en la serie de los seres es el problema que yo planteo con esto (el hombre es un *final*): sino qué tipo de hombre se debe *criar*, se debe *querer*, como más valioso, más digno de vivir, más seguro de futuro.” (Ibid, 3).

Ha iniciado la “*suplantación*” del antiguo concepto de “*superhombre*” y, mientras parece estar “*explicando*” su significado, en realidad está falseando aquel “sentido de la tierra”, aquella “estrella danzarina”, o aquel “mítico ser” de *Zaratustra*, a cuyo lado deberíamos sentir la misma “vergüenza dolorosa” que pueda sentir un simio respecto a nosotros, por un sucedáneo: “La humanidad *no* representa una evolución hacia algo mejor, más fuerte, o más alto, al modo como hoy se cree eso. El “progreso” es meramente una idea moderna, es decir, una idea falsa.” (Ibid, 4). [¡Ojo! Estas frases sacadas de su contexto, podría parecer que van contra la interpretación biológica. ¡Pero no si se leen junto con las demás! Es cierto que la humanidad, bajo las normas morales que imperan hoy en día, no evoluciona hacia algo mejor o más fuerte; y eso lo sabe Nietzsche desde antes de *Humano demasiado humano*: precisamente por eso quiere cambiarlas. De ahí esa apelación del fragmento anterior a que tipo de hombre se debe querer y criar. O este otro párrafo del fragmento 5: “Al cristianismo no se le debe adornar ni engalantar; él ha hecho una *guerra a muerte* a ese tipo *superior* de hombre.”]

Y admiremos la habilidad para sortear el sentido de ciertos párrafos de *Zaratustra* construyendo otros, de significado muy distinto, con los mismos términos: “En otro sentido se da, en los más diversos lugares de la tierra y brotando de las más diversas culturas, un logro continuo de casos singulares, con los cuales un tipo *superior* hace de hecho la presentación de sí mismo: algo que, en relación con la humanidad en su conjunto, es *una especie de superhombre*.” (la cursiva es mía; obsérvese la pericia con que intenta quitar toda relevancia a las frases más comprometidas de antaño mediante ese hábil juego de palabras). Pero, los que se empeñen en seguirle por este camino y se resistan a aceptar el cambio que comento, deberían explicar cómo, y por qué, Nietzsche ha pasado de aquella frase -“*Nunca ha habido todavía un superhombre*” (*Zaratustra*, De los sacerdotes)- a la que cierra este aforismo: “Tales casos afortunados han sido posibles siempre y serán posibles

siempre. Incluso generaciones, estirpes, pueblos enteros pueden representar, en ciertas circunstancias, tal golpe de suerte.” (Ibid, 4).

Por eso, aunque el concepto de “superhombre” esté en plena revisión, *su moral sigue teniendo en su punto de mira la vuelta de la selección y de la evolución*: “La compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución, que es la ley de la *selección*. Ella conserva lo que está maduro para perecer, ella opone resistencia para favorecer a los desheredados y condenados de la vida, ella le da a la vida misma, por la abundancia de cosas malogradas de toda especie que *retiene* en la vida, un aspecto sombrío y dudoso [...] Nada es menos sano, en medio de nuestra sana modernidad, que la compasión cristiana. Ser médico *aquí*, ser inexorable *aquí*, emplear el cuchillo *aquí*- ¡eso es lo que nos corresponde a *nosotros*, esa es *nuestra* especie de amor a los hombres, así es como somos filósofos nosotros, nosotros los hiperbóreos!” (Ibid, 7). [Todas las palabras en cursiva están así en el texto original].

Otra vez encuentra el motivo para emplear el cuchillo en *el amor a los hombres*. Pero su prosa se hace cada vez más despiadada. Sabe que está planteando una doctrina cruel y si al comienzo sólo se atrevía a hacerlo de forma casi inaudible poco a poco va elevando la voz. De ahí que ahora pronuncie con nitidez lo que antaño no osaba ni musitar, su tono se haga cada vez más siniestro y cueste casar sus frases, no ya con esas corrientes que pretenden ver su canto a la vida como una exaltación de las capacidades artísticas o filosóficas, sino incluso con las que lo conciben como un intento de reconciliar al hombre con sus instintos más elementales. Porque ahora, explícita y taxativamente, está hablando de *evolución y selección*.

Estos párrafos están escritos en 1888 y alguno podrá opinar que si ahora dice estas cosas, y antes no, es porque ha cambiado su manera de pensar. Pero cualquier oído atento puede advertir que, desde *Humano, demasiado humano*, siempre repite lo mismo, aunque con distintas palabras. Lo que pasa es que muchos se esfuerzan en encontrar en sus libros el sentido artístico de sus primeras obras juveniles, y el cauto estilo de los primeros, casi les permite mantener ese equívoco (aunque sea pasando por alto su notoria deserción de esas aficiones). Pero, al llegar estos exabruptos se quedan perplejos, y pasan por ellos como sobre ascuas.

Pero hace mucho que reflexiona sobre estos temas, aunque al comienzo fuese de forma subrepticia: “¿Cómo debemos obrar? ¿De modo que sea el individuo aislado el que subsista lo posible? ¿O que sea la raza la que subsista? ¿U otra raza? (moralidad de los animales). ¿O de manera que lo que subsista sea la vida en general? ¿O de modo que subsistan las especies superiores de la vida? Los intereses de estas diferentes esferas divergen. Además, ¿qué es eso de las especies superiores? ¿Qué es lo determinante: superioridad intelectual, bondad, o fuerza? Sobre estos criterios generales de acción, no ha habido jamás meditación, ni mucho menos acuerdo.” [(Fragmentos póstumos de la época de *La Gaya Ciencia*, 1 (4)].

Como vemos ha tiempo que conoce el potencial de las diversas morales para conformar nuestro futuro y fijar la supremacía del individuo, de la raza, de la especie... o para crear *otra distinta*. Un eufemismo que en lo relativo al hombre sólo se puede entender como intención de dar paso a otra superior, aquella superespecie de que nos habla: “*Hacia arriba va vuestro camino, desde la especie asciende a la superespecie*” (*Así habló Zaratustra*, De la virtud que hace regalos, 1)<sup>1</sup>. Y no perdamos de vista que

<sup>1</sup> El sentido de este párrafo viene reforzada por algunos fragmentos póstumos de las fechas en que se están gestando las dos primeras partes de *Zaratustra*. Aquí he copiado cuatro; los tres primeros fechados entre noviembre de 1882 y febrero de 1883, y el último en la primavera de 1883: “*La humanidad no tiene un fin; pero puede darse uno: no un final, no conservar la especie, sino sobrepasarla*” [4 (20)]; “*El hombre es un pretexto para alguna cosa que ya no es el hombre. ¿Es la conservación de la especie lo que queréis? Yo digo: ir más allá de la especie*” [5 (35)]; “*Crear un ser superior a lo que nosotros somos, he ahí nuestro destino*.”

Nietzsche sabía de sobras cual era la más apropiada para conseguirlo: esa “moralidad de los animales” que allí encerraba pudorosamente entre paréntesis, pero que ahora “da la casualidad” que es la que derrama, de forma cada vez más generosa, por todos sus libros.

¿En qué ha cambiado su pensamiento, si es que ha cambiado en algo? Más que en el fondo (que desde *Humano, demasiado humano* siempre es el anhelo de “potenciar la vida”), lo que ha variado es el estilo ... y sobre todo la meta a la que llegan sus esperanzas. *En Zaratustra esas aspiraciones alcanzan su cumbre y sueña con traer al mundo un superhombre. Pero eso requeriría un periodo de tiempo tan prolongado que convierte esa idea en una utopía (la humanidad nunca aceptará tamaño sacrificio). Y una vez que este hecho se le hace evidente, reconduce su idea hacia una selección auspiciada de forma artificial.* De ahí que, sobre todo a partir de *Más allá del bien y del mal*, derive hacia una doctrina elitista y aristocrática (que nunca le ha sido ajena por completo; ya la acariciaba en lo que atañe a una educación proyectada para traer genios al mundo) que ya no desdeña la ayuda del estado.

Pocos animales se dedican a aniquilar ejemplares degenerados de su propia especie: mientras no interfieran con sus apetencias, van a lo suyo y del resto ya se encarga la selección. Pero Nietzsche quiere quemar etapas y *su inquina contra la compasión asoma su verdadero rostro: es un impedimento para la “elevación” de la especie y por lo tanto un delito contra la “vida” (por supuesto para la vida evolutiva, el sentido que implícitamente ha tenido esa palabra desde los primeros tiempos en que confiesa su amor por ella).*

Pero hay que reconocer que las diferencias de talante chirrían tanto, que no se puede descartar posibles cambios de carácter. Aún para los que creemos que, en lo básico, ahora sigue pensando lo mismo que hace 10 años, el estilo rabioso y furioso de este libro, lleno por todas partes de adjetivos injuriosos y ultrajantes, no puede por menos de llamar la atención. Y despierta la duda de si ese talante está voluntariamente buscado o es hijo de las circunstancias. Estamos a un paso del hundimiento, y aunque no se aprecien declives evidentes en sus razonamientos, menudean en exceso los autoelogios. Ya en el *Crepúsculo de los ídolos* se deslizan las primeras frases ditirámicas -“Yo he dado a la humanidad el libro más profundo que ella posee, mi *Zaratustra*: dentro de poco voy a darle el más independiente”

---

*¡Crear por encima de nosotros mismos; Es el instinto de procreación, el instinto de actuar y de obrar. Del mismo modo que todo acto de voluntad supone un fin, el hombre presupone un ser que da sentido a su existencia” [5 (1) 203]; “Mi reivindicación: crear seres que estén por encima de la especie “hombre”; y para ese fin, sacrificarse a sí mismo y al “prójimo”. La moral tenía hasta ahora unos límites que se correspondían con los de la especie: todas las morales pasadas eran útiles para dar ante todo a la especie una resistencia absoluta; una vez conseguida ésta, el fin puede ser colocado más alto. El primer movimiento es incondicionado: la nivelación de la especie, grandes edificios de hormigas, etc. El otro movimiento, el mío, es, por el contrario, la acentuación de todos los contrastes y abismos, la supresión de la igualdad, la creación de superpoderosos: El primero crea el último hombre; el mío, el superhombre” [7 (21)].*

A destacar como el primero concreta en que consiste ese **fin para la humanidad** que al comienzo del Anticristo, Nietzsche presumía de haber encontrado –recordemos aquel orgulloso *¿Qué otro la ha encontrado?-. Y como el último resume en una líneas la diferencia entre la moral que sirve para mantener la especie hombre y aquella otra que colmará esa aspiración que palpita y sobrevuela por las dos primeras partes de *Zaratustra*: **crear seres que estén por encima de la especie hombre**. Una meta que nos obliga a abrazar esa moral dura y cruel (pero imprescindible para poner otra vez en marcha la evolución y la selección natural), que revolotea por todas sus páginas, y que exige sacrificarse a sí mismo y al prójimo. Y no estaría de más que nos fijásemos en que esa **moral no presupone en modo alguno ninguna de las futuras cualidades del superhombre**, tan sólo es el requisito necesario para **crearlo**.*

(IncurSIONES de un intempestivo)- que tanto pululan en *Ecce homo*. Lo que podría hacer pensar en una debilitación de su autocrítica cuyos efectos no tendrían por que limitarse a ese campo, y podrían hacer aflorar esas expresiones que antes quedaban en el tintero.

Continuando nuestra disección llegamos a un fragmento en el que explícitamente identifica como sus contrarios: “a los teólogos y a todo lo que tiene en su cuerpo sangre de teólogo- a nuestra filosofía entera” (*El anticristo*, 8). Y ahora en los tres siguientes su *fervor por la vida* surge con su antiguo esplendor (claro que eso no reza para los más acérrimos seguidores de Heidegger puesto que, para ellos, cada vez que Nietzsche emplee la palabra vida, se estará refiriendo a la voluntad de poder): “A ese instinto de teólogo hago yo la guerra [...] Hasta donde alcanza el influjo de los teólogos, el juicio de valor está puesto cabeza abajo, los conceptos “verdadero” y “falso” están necesariamente invertidos: lo más dañoso para la vida es llamado aquí “verdadero”, lo que la alza, intensifica, afirma, justifica y hace triunfar, es llamado falso” (Ibid, 9). En el 10 explica de dónde le viene su ojeriza contra Kant: “¿A qué se debió el júbilo que, al aparecer Kant, recorrió el mundo de los doctos alemanes? [...] Un camino furtivo hacia el viejo ideal quedaba abierto, el concepto “mundo verdadero”, el concepto de la moral como esencia del mundo (¡los dos errores más malignos que existen!) volvían a ser ahora, gracias a un escepticismo ladinamente inteligente, si no demostrables, tampoco ya refutables.” Y completa esas aclaraciones con otras aún más significativas: “Una palabra todavía contra Kant como moralista. Una virtud tiene que ser invención nuestra, personalísima defensa y necesidad nuestra: en todo otro sentido es meramente un peligro. Lo que no es condición de nuestra vida la daña [...] ¡Qué la gente no haya sentido como *peligroso para la vida* el imperativo categórico de Kant! [...] la contranaturaleza como instinto, la *décadence* alemana como filosofía - *¡eso es Kant!*” (Ibid, 11). [Las palabras en cursiva están así en el texto original].

Prosigue su ofensiva contra la moral, la filosofía y el alma: “nosotros los espíritus libres somos ya una “transvaloración de todos los valores”, una viviente declaración de guerra y de victoria a todos los viejos conceptos de “verdadero” y “no-verdadero”. (Ibid, 13). “En otro tiempo veíase en la consciencia del hombre, en el “espíritu”, la prueba de su procedencia superior, de su divinidad [...] También sobre esto nosotros hemos reflexionado mejor: el cobrar consciencia, el “espíritu”, es para nosotros cabalmente síntoma de una relativa imperfección del organismo, un ensayar, tantear, cometer errores, un penoso trabajo [...] El “espíritu puro” es una pura estupidez.” (Ibid, 14).

Saca a colación otra vez *la voluntad de poder*. La creación de los dioses es una manifestación de sus “cualidades”, puro reflejo de su estado; por eso el dios cristiano no es reflejo de ética, sino de debilidad: “De hecho, no hay ninguna otra alternativa para los dioses: o son voluntad de poder- y mientras tanto serán dioses de un pueblo- o son, por el contrario, impotencia del poder- y entonces se vuelven necesariamente buenos...” (Ibid, 16).

Y por si alguno aún se siente con arrestos para ser cristiano ahí va otra andanada. Pero obsérvese como una vez más vincula esa *décadence* de la que tantas veces habla, y que muchos quieren llevar al terreno cultural, con la fisiología: “Allí donde, de alguna forma, la voluntad de poder decae, hay también un *retroceso fisiológico, una decadence*. La divinidad de la *décadence*, castrada de sus virtudes e instintos más viriles, se convierte necesariamente, a partir de este momento, en Dios de los fisiológicamente retrasados, de los débiles. Ellos no se llaman a sí mismos los débiles, ellos se llaman los buenos.” (Ibid, 17).

Seguida de otras tanto o más crueles: “En el cristianismo pasan a primer plano los instintos de los sometidos y los oprimidos: los estamentos más bajos son los que buscan en él su salvación.” (Ibid, 21). Para conseguir *domar* a los pueblos bárbaros, antes hay que enfermarlos y debilitarlos. (Ibid, 22). El pueblo judío (y más tarde el

sacerdocio) toma partido por los instintos de *décadence*, porque ve en ellos un medio para imponerse *contra* “el mundo.” (Ibid, 24).

Hace ahora una dicotomía entre la doctrina de Jesús y la de la “Iglesia”. Pero no podemos olvidar, ni que sus análisis son siempre interesados (el fin del libro es combatir la religión y la moral cristianas), ni su enorme inteligencia. Y así, aún conociendo la meta a la que quiere ir a parar, a veces nos cuesta adivinar el por qué de una posición concreta. Y no me atrevería a aventurar si aquí todo se reduce a otra manera de deslegitimar la doctrina cristiana (haciéndonos ver, o creer, que, en realidad, no tiene nada que ver con la que predicaba Jesús), o hay algo más. Jesús fue un “anarquista” que encabezó una rebelión contra el orden dominante, la casta sacerdotal judía, los “buenos y justos, y “los santos de Israel”, y “eso fue lo que le llevó a la cruz”. Pero esa renuncia a la lucha y a la enemistad y esa exaltación a una vida hecha de amor y paz, no demuestran ninguna cualidad positiva. En realidad brotarían de su: “extremada capacidad de sufrimiento y de excitación, la cual siente ya como displacer insoportable todo oponerse, todo tener-que-oponerse, que únicamente en no oponer ya resistencia a nadie, ni a la desgracia ni al mal, conoce la bienaventura (el placer), - el amor como única, como última posibilidad de la vida...” (Ibid, 30).

Nietzsche parece reconocer “el atractivo conmovedor de semejante mezcla de sublimidad, enfermedad e infantilismo” de Jesús, y reserva su mayor ferocidad a la (según su criterio) adulteración de esa doctrina llevada a cabo por San Pablo y la Iglesia. Pero no nos engañemos: lo hace porque es la que ahora prevalece. Por simpática que parezca resultarle la figura de Jesús (en un fragmento póstumo de estas fechas podemos encontrar párrafos que realzan lo que a su criterio ambos tienen en común: “Cristo como “espíritu libre” se halla fuera de toda metafísica, religión, historia, ciencia natural, psicología, ética-: jamás ha barruntado que haya tales cosas... nada le importa lo que es fijo -palabra, fórmula, Iglesia, ley, dogmas-, “todo lo que es fijo, mata...”, cree únicamente en la vida y en lo viviente - y esto no “es” sino que deviene.”), cuando haga falta mostrará ante su doctrina la misma saña que ahora tributa a la que considera su desfiguración. Porque en lo que más le interesa – la compasión y el amor al prójimo - ambas son idénticas. Por eso es difícil adivinar lo que piensa: su prosa siempre tiene un fin. Y lo único que podemos dar por seguro es que sus frases, su dureza y hasta sus aparentes concesiones, están escogidas para conseguirlo.

De ahí que haya que acoger con cautela algunas declaraciones: “Sólo nosotros, los espíritus que hemos llegado a ser libres, tenemos el presupuesto para entender algo que diecinueve siglos han malentendido,- aquella honestidad, convertida en instinto y pasión, que hace la guerra a la “mentira santa” más aún que a toda otra mentira.” (Ibid, 36). Porque al final Jesús no se librará de sus improperios: no fue ni un héroe ni un genio, sólo un “idiota”, un hombre inmaduro.

Y al fin pone el dedo donde más le duele: “Frente a las cosas pasadas soy, al igual que los hombres de conocimiento, de una gran tolerancia (ahora nos explicamos mejor el talante de los fragmentos anteriores, al fin y al cabo agua pasada no mueve molino). Pero mi sentimiento cambia, explota, tan pronto como ingreso en la época moderna, en *nuestra* época. Nuestra época está *enterada* [...] y, *sin embargo todo sigue igual que antes* [...] ¡qué *engendro de falsedad* tiene que ser el hombre moderno para *no avergonzarse*, a pesar de todo, de seguir llamándose cristiano!” (Ibid, 38).

Es evidente que su queja de que “todo sigue igual que antes” se refiere a la moral. Lo cual queda más claro en su apelación a *la práctica cristiana* del fragmento siguiente: “En el fondo no ha habido más que un cristiano, y ese murió en la cruz [...] Es falso hasta el sinsentido ver en una “fe”, en la fe, por ejemplo, en la redención por Cristo, el signo distintivo del cristiano: sólo la *práctica* cristiana, una vida tal como la *vivió* el que murió en la cruz, es cristiana” (Ibid, 39). A su muerte sus discípulos completan su doctrina con la inmortalidad, la resurrección y el juicio final. Y aquella



pacífica doctrina que anhelaba conseguir una cierta felicidad en la tierra [no hagamos mucho caso de su aparente debilidad por estas doctrinas de amor, porque en otros lugares deja patente su inquina contra ellas: “las religiones soberanas (aquí también incluye entre ellas el budismo) cuéntanse entre las causas principales que han mantenido al tipo “hombre” en un nivel bastante bajo,- han conservado demasiado *aquello que debía perecer*” (*Mas allá del bien y del mal*, 62)], fue sustituido por otra que colocaba el “centro de gravedad de la vida, no en la vida, sino en el más allá ... a partir de ahora todo lo que en los instintos es beneficioso, favorecedor a la vida, garantizador del futuro, suscita desconfianza.”(*El anticristo*, 43).

Y llega el instante crucial en el que deja claro (por si no fuese suficiente con su propia biografía: desde que reniega de sus creencias religiosas hasta que adopta ese talante belicoso pasan la friolera de quince años) que su oposición al cristianismo no se debe a lo que pueda tener de error, sino a que *es un atentado contra la vida*: “Lo que nos separa no es el hecho de que ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza reencontremos nosotros un Dios,- sino el que aquello que ha sido venerado como Dios nosotros lo sintamos no como algo “divino”, sino como algo digno de lástima, absurdo, nocivo, no sólo como un error, sino como *un crimen contra la vida*.” (Ibid, 47).

A continuación va relatando las nefastas consecuencias de la religión: descrédito de la ciencia (Ibid, 48); los aciagos conceptos de culpa y castigo (Ibid, 49); su despreciable predilección por la fe (Ibid, 50); el triunfo de los instintos más bajos, débiles y decadentes: “El movimiento cristiano, en cuanto movimiento europeo, es de antemano un movimiento conjunto de los elementos de desecho y desperdicio de toda especie: -ese movimiento quiere llegar al poder con el cristianismo” (Ibid, 51); la fe como enfermedad (Ibid, 52); el martirio como muestra de estupidez (Ibid, 53); la fe como síntoma de debilidad: “El hombre de fe, el “creyente” de toda especie es, por necesidad, un hombre dependiente, alguien que no puede erigirse a sí mismo en finalidad, que no puede erigir finalidades a partir de sí mismo” (Ibid, 54); y la religión como “mentira” (Ibid, 55).

Algo, esto último, que en realidad no importaría mucho; lo único que interesa es el propósito y el motivo que anima a mentir: “En última instancia lo que importa es la *finalidad* con que se miente. El hecho de que en el cristianismo falten las finalidades “santas” es mi objeción contra sus medios. Sólo finalidades *malas*: envenenamiento, calumnia, negación de la vida, desprecio del cuerpo, degradación y autodeshonra del hombre por el concepto de pecado, - *por consiguiente* también sus medios son malos” (Ibid, 56). (De ahí que, puesto que las suyas no pueden ser más “santas”, cuando lo considere conveniente no tendrá reparo en mentir, y mucho menos en ocultar su pensamiento “recubriéndolo y volviéndolo irreconocible”).

Viene ahora un elogio al Código de Manú porque, frente al igualitarismo del cristianismo, acepta el orden de castas y la jerarquía (Ibid, 57); equipara los efectos perniciosos del cristianismo y el anarquismo: “ambos incapaces de producir otro efecto que el de disolver, envenenar, marchitar, *chupar sangre*, ambos el instinto del *odio mortal* a todo lo que está en pie, a lo que se yergue con grandeza, a lo que tiene duración, a lo que promete un futuro de vida” (Ibid, 58); elogia al imperio romano por lo que tenía “como cuerpo, como ademán, como instinto, - como realidad, en una palabra...”(Ibid, 59); ensalza la cultura islámica – “¡porque debía su génesis a unos instintos aristocráticos, a unos instintos varoniles, porque decía sí a la vida incluso con las raras y refinadas suntuosidades de la vida moral!”- (Ibid, 60); y hace una enconada crítica a la reforma de Lutero, porque puso fin a un Renacimiento en el que figuras como la de Cesar Borgia, parecían auspiciar una vuelta a los valores aristocráticos desde el mismo corazón del cristianismo (Ibid, 61).

Como hemos visto, lo que despierta su odio contra el cristianismo no es lo que éste pueda tener de erróneo o mendaz, sino *sus efectos contra la vida*. Así empezaba

el libro y así lo termina: “la cruz, como signo de reconocimiento para la más subterránea conjura habida nunca, -contra la salud, la belleza, la buena constitución, la valentía, el espíritu, la *bondad* del alma, *contra la vida misma*. Esta eterna acusación contra el cristianismo voy a escribirla en todas las paredes, allí donde haya paredes, - tengo letras que harán ver incluso a los ciegos... Yo llamo al cristianismo la única gran maldición, la *única* grande intimísima corrupción, el *único* gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, sigiloso, subterráneo, *pequeño*, - yo lo llamo la *única* inmortal mancha deshonrosa de la humanidad.” (Ibid, 62). Nietzsche no puede dejar más claro que para él, **lo que está clavado en nuestros crucifijos no es sólo el cuerpo inerte de Jesús, sino ¡la misma vida!** Ella ha sido la gran sacrificada. Y eso es lo Nietzsche no perdona al dios cristiano y a su doctrina.

Muchos autores (Valverde, Fink, Colli) se sorprenden del tiempo y la saña que Nietzsche dedica a atacar la religión. Así Colli proclama: “Hoy, a la escasa distancia de un siglo, parece excesivo el dispendio de fuerzas dedicadas a los problemas del cristianismo y de la moral, ya que el cristianismo y moral, más que inactuales, son “ya no actuales” (no obstante los que se han liberado de toda clase de dogmas, antiguos y modernos, saben agradecerle este despilfarro).” (*Después de Nietzsche*, Barcelona, Anagrama, 1988, p. 51).

Y se queja de que Nietzsche meta en el mismo saco los ideales cristianos, los socialistas y los anarquistas: “lo que perturba en este libro es un teatral cambio de las partes, debido al cual inclusive aquellos que habían dirigido ataques de todo género contra el cristianismo se veían con sorpresa involucrados en su condena. Y precisamente porque creían haber destruido el cristianismo, el sentirse llamados cristianos por Nietzsche los hace indignarse y vacilar.” (*Introducción a Nietzsche*, Valencia, Pre-Textos, 2000, p. 220). Pero no tiene por que, pues, en lo que concierne a “fortalecer la vida” (una simple perífrasis de “evolución”), las normas que todas esas doctrinas preconizan (igualdad, fraternidad, justicia, paz, solidaridad, compasión y cuidado de los débiles) son igual de nefastas que la cristiana, porque en realidad son las mismas.

Este exceso de atención hacia el tema religioso ha sido visto, por algunos autores, como prueba de que el anticristianismo nietzscheano pudiera ser expresión de una vaga religiosidad (P. Köster, O. Flake, Weymann-Weyhe, E. Benz, W. Nigg): “Me interesa destacar la contribución positiva, afirmativa de Nietzsche en relación a la religión [...] Me refiero a la sustitución de una idea vetusta de lo divino por un régimen de novedad en el cual lo divino se revela a través de una antropomorfosis, a modo de Antropos celestial (por muy terreno que se afirme) [...] Sólo que Nietzsche, en pura lógica de su religiosidad del espíritu, concibe esa figura no tanto como una figura previa y anterior al hecho humano existente, o al Adam de arcilla y barro, cuanto como una figura a la que se aspira, y que aparece como proyecto y tarea en el horizonte bajo la denominación del sobre- hombre, Uebermensch. Tal será la antropomorfosis del “Dios que viene”, de ese Dionisio que eternamente re-torna, o que adviene como presencia en el horizonte, en el cual se coagula toda la revelación teofánica de la experiencia religiosa de Nietzsche.” (E. Trías, *Nietzsche y la religión del espíritu*, Taula, n.º 21-22, 1994).

Y J. M. López Sotillo también ventea ese palpito religioso: “en sus alusiones a sí mismo, en su modo de valorar el mensaje que ha descubierto y transmite, en el tipo de personas hacia quienes va dirigido, y en las cualidades que, a su juicio, él y los suyos han de reunir para poder soportarlo, emplea un lenguaje mediante el cual compone y entona, siendo sin duda plenamente consciente de ello, una melodía, que no puede dejar de sonar a conocida entre todos aquellos que se hayan acercado al mundo de las religiones, pues se ha escuchado y aún resuena con similares tonos en los albores de todos los movimientos religiosos reformadores [...] Él describe el tipo de conducta que considera “sano” y el que considera “corrupto”. Llega, incluso, a explicar,

por vía indirecta el tipo de organización socio- religiosa del que es partidario. El problema reside en encontrar el hilo conductor que le da sentido: Un hilo que al final parece resumir en: “vivir, sólo vivir.” (*La religión de Nietzsche*, Taula, n.º 21-22, 1994).

Tal vez cada uno de estos autores a su manera estén dando en el clavo. Si Dios es nuestro creador Nietzsche ya lo ha encontrado: somos hijos de la vida evolutiva y esa doctrina debería de ser nuestro único dios. Otra cosa es lo que espera alcanzar. Durante el torbellino creativo de *Zaratustra* no pone límites a sus sueños, y surge ese himno vibrante y poético cuyo misterioso encanto ha hechizado a tantos lectores. La mayoría no sabe bien de que va la cosa, pero queda sobrecogida por la belleza y el embeleso de aquel sentimiento indescriptible que impregna sus páginas. Allí hay un hombre enamorado. Pero no es una pasión corriente que se pueda saciar con alguien, o algo, del entorno, sino que está dirigida hacia esa enigmática figura cuya naturaleza ha desconcertado a todos los comentaristas. Un enamoramiento que, como casi todos, tampoco es eterno. Y cuando amaina, aquel proyecto va mostrando sus taras. Y Nietzsche, pesaroso y apesadumbrado, tiene que acomodarse a las nuevas circunstancias. Poco a poco corrige detalles, añade otros y retoca los más. Y de eso tenemos buenos ejemplos en este mismo libro. Pero la imagen que queda ya no es la que era; de ahí que se apague su antiguo fervor y que incluso cambie la manera de llamarla y de dirigirse a ella.

Para terminar, y como síntesis de sus antiguas ideas, me limitaré a copiar unas frases: “Desde el comienzo de su aparición, la inteligencia no ha parado de poner palos en las ruedas de la evolución hasta conseguir acabar con ella. Y él tenía el valor o la irresponsabilidad de poner un nuevo plan sobre la mesa. Que consistía en derrocar todo, absolutamente todo, lo que la humanidad ha hecho hasta ahora. *De nuevo hay que dejar paso a los instintos, los deseos, la fuerza y la crueldad, pero no para lograr una insignificante victoria personal, sino para que sea la “vida” la que triunfe a través de nosotros.* Lo que nos propone no es sólo un giro de 180 grados, aunque también. Sino que en esa vuelta arrasemos y nos llevemos por delante todo lo que el homo sapiens ha construido. Nuestro cerebro con sus mejores intenciones ha atascado el cauce de la evolución hasta hacerlo intransitable. Cegados de soberbia hemos llegado a creernos los reyes de la tierra y que el resto de las especies está a nuestro servicio. *Hace falta una cura de modestia. Hemos fracasado y estamos a punto de hacer inhabitable el mundo. Pero aún podemos hacer la ofrenda definitiva que traiga al superhombre.*” (*Zaratustra: el mito del superhombre filosófico*, Barcelona, Ediciones del bronce, 2000, p. 102).

“*¡Esa es la gran propuesta que tiene que hacer a la humanidad, que cambiaría por completo el curso de la historia, y ante la que una y otra vez retrocede aterrizado!* ¡Eso es lo que le hace sentirse tan distinto y tan por encima del resto de los hombres! ¡De ahí dimanar esa grandilocuencia y exaltación que tan ridículas e incomprensibles pueden parecer desde cualquier otro punto de vista! *¡Ese es, en último término, el horrible secreto de Zaratustra!*” (Ibid, p. 99).